

#FUGACESPEROETERNOS 1

Alexandra
Roma



Alexandra Roma

La noche que paramos
el mundo

DISCO 1

LA NOCHE QUE PARAMOS EL MUNDO

CANCIÓN 1

LA PRIMERA VEZ QUE TÚ Y YO NOS VIMOS

Verso 1

MARINA

Llevaba dos gotas de perfume en el cuello y una bata de seda que resbaló suave por mi cuerpo hasta caer hecha un ovillo en el suelo.

—Joder, eres una delicia. —Álvaro tragó saliva y se acercó.

Hacía un año que estábamos juntos, justo un año desde aquella mañana en la que andaba ensimismada por el patio central de la Universidad Rey Juan Carlos, en Vicálvaro, cuando rompió a llover de repente y un estudiante de segundo de Derecho de pelo rubio rizado ataviado con mocasines corrió a toda prisa con un paraguas rojo para salvarme de la tormenta.

El mismo chico de pelo rubio rizado que tenía enfrente y que deslizó la mano por mi espalda desnuda trazando un sendero de piel erizada a su paso que finalizaba con sus dedos deshaciéndose sutilmente del enganche de mi sujetador.

—Dios... —Se santiguó.

—¿Qué haces?

—Tu cuerpo es un templo y tus pechos, Marina, podría mirarlos hasta que me muriera. Es más, me moriría para verlos.

—Deja de decir tonterías. —Le di un codazo y fue entonces cuando me di cuenta de que estaba temblando. Él también tembló y me abrazó.

—Nada puede salir mal, te quiero. Va a ir mejor —asintió, y por fin alcé la mirada para encontrarme con sus ojos verdes de largas pestañas.

Iba a suceder. Así lo había decidido yo. Nuestra primera vez sería durante nuestro aniversario. El instante perfecto y memorable que merecía después de perder la virginidad en el verano de mis diecisiete años con un chico de mi instituto, en el asiento trasero del Audi de sus padres aparcado en el garaje, para que nunca más volviese a llamarme.

Habíamos alquilado una habitación en un hotel con vistas al casco antiguo de Madrid. La cama era enorme, olía a suavizante y nos habían dejado un jarrón con flores frescas. Relajé la respiración. No quería que me viera nerviosa. En general, no me gustaba mostrar esa clase de falta de control.

Era recta, ordenada y reflexiva.

Pensaba mucho.

Demasiado.

Tanto que cuando Álvaro me besó y le devolví la caricia seguí planificando lo que vendría hasta casi el orgasmo para que nada me pillase por sorpresa, y no me detuve ni siquiera cuando me dejó sobre el colchón y me arrancó las braguitas con delicadeza.

Lo vi quitarse los calzoncillos y observé su desnudez con curiosidad inocente, infantil. Él se inclinó hacia delante y, apoyándose en los codos, chocó sus labios con los míos y no paró de devorarme hasta que la urgencia lo obligó a separarse, rasgó el paquete que contenía el preservativo con los dientes y se lo puso.

Recuerdo contener el aliento como si realmente fuera mi primera vez y arquearme cuando me penetró.

Recuerdo la sensación de mi pecho al hincharse y cómo retorcí las sábanas entre los dedos.

Recuerdo que me apartó el pelo sudado que me caía en la cara con dulzura porque necesitaba ver mi «cara de ángel»

y notar una por una cómo las barreras del miedo se derrumbaban.

—Álvaro...

—¿Sí?

—Yo... yo... —titubeé ardiendo en deseo al ritmo de sus caderas, que se movían y me empujaban hundiéndose más y más en mí— yo también te quiero. Siento haber tardado tanto en decírtelo.

—¿Tanto? El tiempo no nos mide. Ratona, tú y yo somos para siempre.

Cerré los ojos y, por fin, logré que mi mente se quedase en blanco.

Me dediqué a sentirlo, acariciarlo y explorarlo con mis manos inexpertas preguntándome si lo estaría haciendo bien mientras permitía que jadeos roncros brotasen de mi garganta. Y entonces ocurrió, un fogonazo que me partió en dos y la agradable humedad entre mis muslos. Tuve un orgasmo y fui feliz mientras nos duchábamos juntos. También conforme caí rendida sobre las sábanas blancas que olían a sexo.

Fui feliz hasta las tres y diecisiete minutos.

Y lo sé porque miré el reloj al despertarme en mitad de la noche y comprobar que Álvaro no estaba a mi lado en la cama. Parpadeé confusa, para habituarme a la oscuridad, y advertí que había luz en el cuarto de baño. La puerta estaba entornada, así que avancé en su dirección y...

—Boba, no te pongas celosa. Ha sido... ¿follar con una muñeca hinchable? Peor. Tenía menos vida. —Lo oí reírse y mis rodillas flojearon ante el impacto. Tuve que apoyarme en la pared—. Sí, joder, claro que se ha corrido, soy un amante excelente, pero a su estilo, como todo en ella, contenida, ni punto de comparación contigo, Malena.

No sé qué me afectó más. Los insultos, la humillación, el engaño, mi seguridad resquebrajada o que el nombre que pronunciase mi novio fuese el de una de mis mejores

amigas (de mis pocas amigas, para ser exacta). El caso es que respiré hondo, recobré el equilibrio y, con los ojos anegados en lágrimas y una presión infinita en las costillas, me vestí sin hacer ruido y me marché del hotel con la barbilla en alto, bien tiesa y digna.

No lloré hasta llegar a un callejón estrecho sin salida y comprobar que estaba vacío. Nadie a la vista. Entonces sí, entonces me doblé por la mitad y me ahogué en mi propio llanto repleto de impotencia mientras mis venas bullían de rabia y, en pleno ojo del huracán, cuando peor me encontraba y me faltaba más oxígeno, la puerta lateral de un garito se abrió y salió un chico alto, muy alto, de pelo castaño desordenado que le caía sobre los ojos color chocolate.

—No puedes estar aquí, princesa.

Verso 2

NOAH

La banda de rock Al Borde del Abismo tenía una maldición. Las solistas nos duraban un chasquido de dedos, una semana la última, la mayoría gracias a Leo y a su solidaria bragueta dispuesta a abrirse a la menor ocasión y jodernos.

Fui detrás de la última cantante después de que le gritase no sé qué mierdas de una prima lejana que había resultado no serlo, pero llegué tarde. Al otro lado no estaba Estrella. En su lugar había una morena con una blusa blanca, zapatos de tacón de aguja y un pañuelo rojo de lunares anudado al cuello.

—No puedes estar aquí, princesa. —Levantó el rostro y se irguió. Tenía los labios carnosos, piel blanquecina, y el pelo liso con flequillo recto le tapaba parte de la cara.

—¿Quién lo dice?

—El cartel de propiedad privada. —Se lo señalé con la barbilla y me apoyé contra la pared con los brazos cruzados a la altura del pecho para estar cómodo durante el entretenimiento, que se preveía largo.

Tal y como sospechaba, la desconocida no confió en mi palabra y tuvo que comprobarlo por sí misma. Aproveché para sacar del bolsillo uno de los chupachups que me apaciguaban el mono por dejar de fumar, quitarle el plástico y metérmelo en la boca. Era de cereza.

Permanecí en la misma postura relajada hasta que ella me devolvió la atención con los humos rebajados.

Era una niña bien, pijita y orgullosa.

Mona.

—¿Qué es este sitio?

—La exclusiva terraza del *backstage* de los músicos en Ruido —aclaré sin dar más explicaciones.

—Parece un simple callejón. —Arrugó la nariz y chupé el caramelo estudiándola fijamente.

Sus ojos persiguieron el movimiento del chupachups por mi boca a lo largo de la mandíbula cuadrada y, al darse cuenta de que la estaba observando, las mejillas se le tiñeron de un rosáceo terriblemente adorable.

—¿Querías algo?

—No, ya me iba para dejarte en tu... ¿reservado al aire libre estaría bien?

—Perfecto. —En ese instante clavó sus ojos verdes en los míos, sosteniéndome la mirada, y advertí que estaban enrojecidos e hinchados.

—¿Todo bien, princesa?

—La alergia, por la noche, se dispara. Un horror —le restó importancia y, sin más, se despidió con la mano y dio media vuelta para marcharse.

Antes de salir a la luz, se alisó la falda y se peinó la camisa con los dedos. Pensé que era guapa, estirada y lo opuesto a mí, sí, pero bonita. Leo no habría terminado aquella conversación sin su teléfono. Sin embargo, yo no era el capullo de mi mejor amigo y la olvidé en cuanto dobló la esquina y se perdió entre la gente.

Esperé diez minutos fuera hasta que fue evidente que Estrella no volvería.

Dentro aguardaba el resto de la banda.

Enzo, nuestro dulce guitarrista de pelo infinito negro, amante del cuero, los tirantes y la plata, fue el primero en hablar.

—¿No ha habido suerte con Lucía?

—Estrella —lo corrigió Victoria, su melliza, mientras ju-

gueteaba con las baquetas de la batería. Tenía el pelo alborotado, castaño claro, y un maquillaje ahumado que le otorgaba un aspecto endemoniadamente angelical—. Lucía fue la del mes pasado, la que se largó después de la actuación a la que vinieron tres personas.

—¿Veis? —Nuestro solista, Leo, se benefició de la información tirado en el sofá como si nada—. No siempre es por mí.

—El noventa y nueve por ciento de las veces... —refunfuñó Enzo en voz baja—. ¿Cómo lo arreglamos? Hijos de una Hiena está a punto de acabar. Somos los siguientes en salir al escenario.

Antes de que lo hicieran sabía que todos me mirarían suplicantes.

—No.

—Vamos, tío, eres nuestra única esperanza. —Leo se puso en pie de un salto y me dedicó su sonrisa infalible.

—Conmigo no funciona.

—Hagamos un trato. Prometo no tirarme a la próxima solista si a cambio hoy, solo esta noche, tú cantas. —El muy cabrón me conocía mejor que nadie y sabía que lo mío era el bajo, componer y muy de vez en cuando hacer la segunda voz. Nada de aferrarme al micro.

Pero llevaba razón. Teníamos poco margen de manioobra, ningún contacto en la agenda al que llamar para situaciones urgentes, y la oportunidad de tocar en aquel garito pendiendo de un hilo que se cortaría si los dejábamos tirados un jueves universitario con la sala a reventar de personas a la hora en la que más caja hacían.

En realidad, no tenía opción.

—Vale. —Me rodeó los hombros con el brazo para celebrarlo mientras trataba de despeinarme con la mano—. Como nos la vuelvas a liar, te la corto.